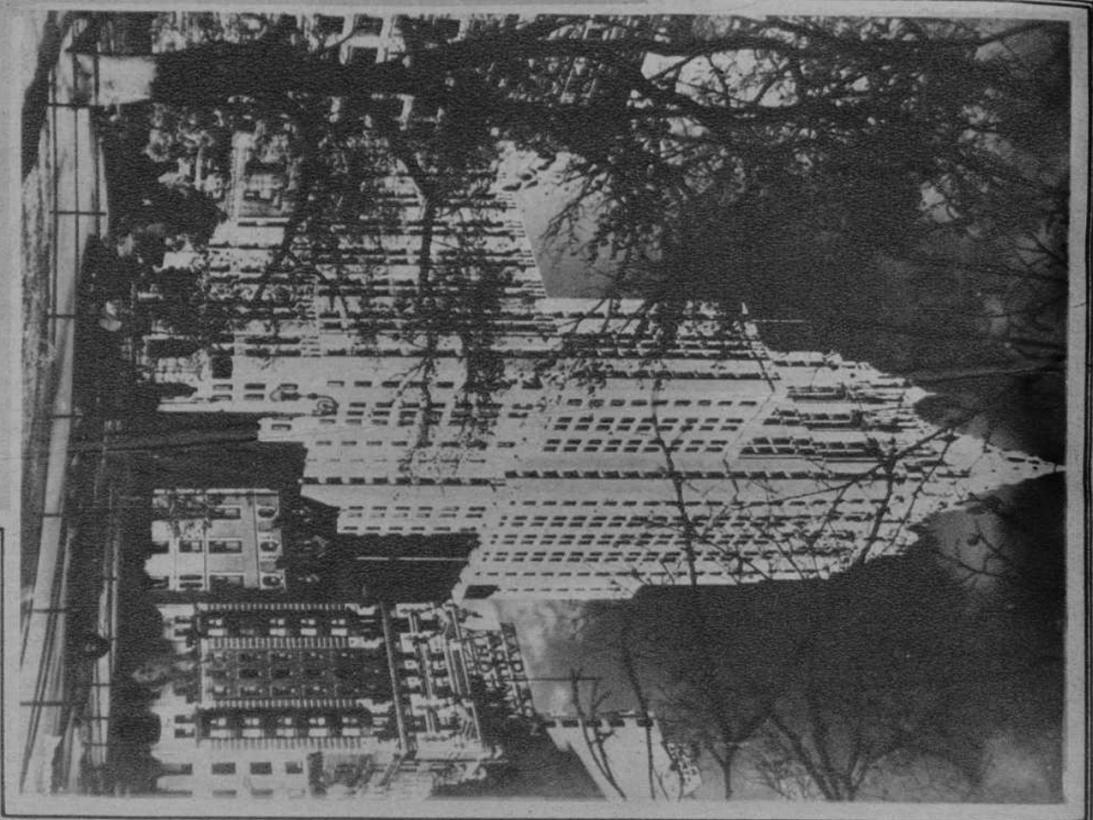
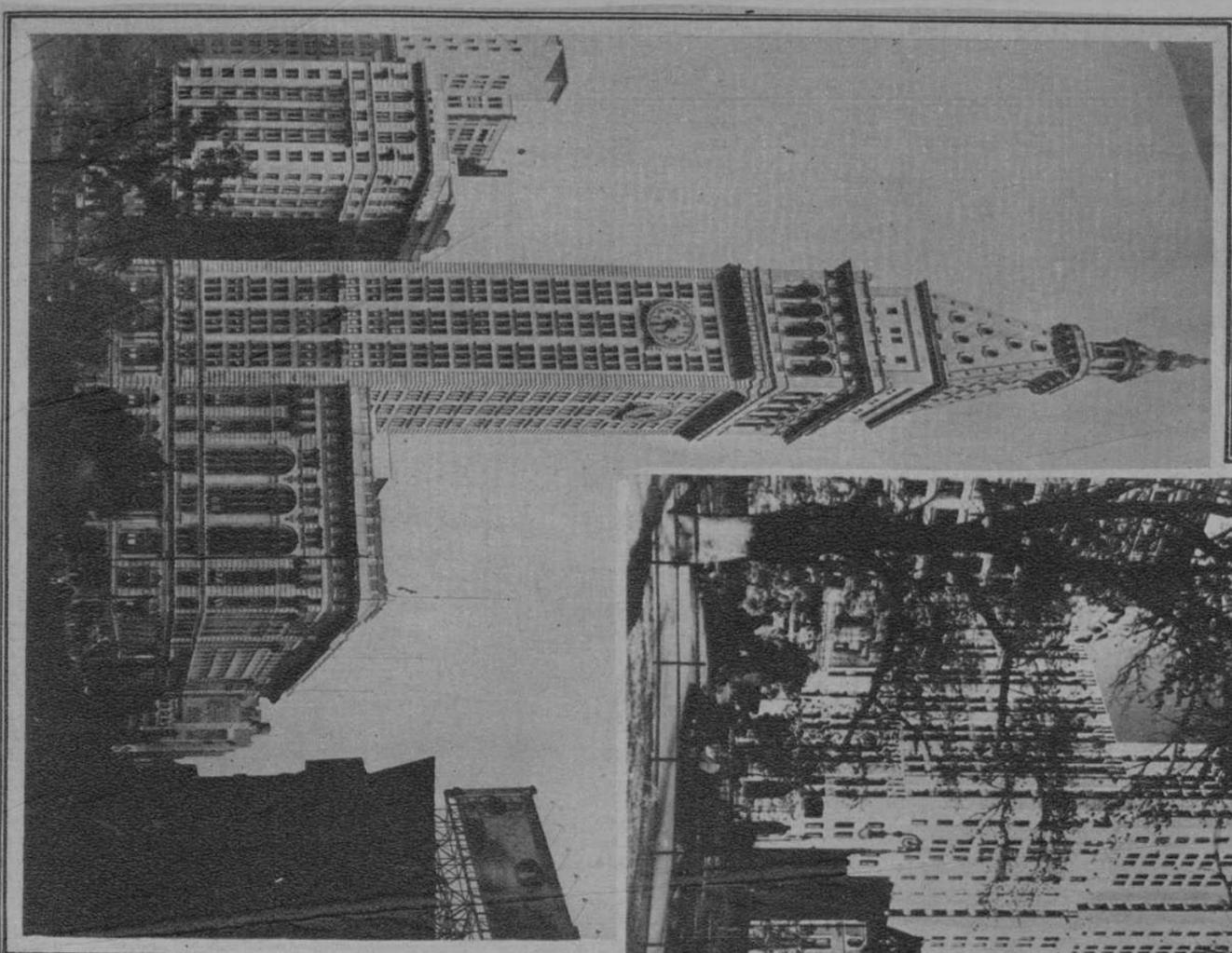


LOS RASCACIELOS NEONYORKINOS

La arquitectura yankee—piedra en cubos—, anda en pos de un estilo. Dentro de su monótona variedad, comienza a despuntar este estilo, que tiende a dar armonía a la pesada concepción del rascacielos. Naciente estilo que no merma en lo más mínimo la altura de las construcciones, ya que en esta altura, a cada paso superada, radica el orgullo—algo pueril—, de los arquitectos neonyorkinos. Es una lucha por el record, cuyos avances se cuentan por decenas de pisos



Un nuevo edificio de 34 pisos



Edificio destinado a una Compañía de Seguros
(Fotos Keystone)

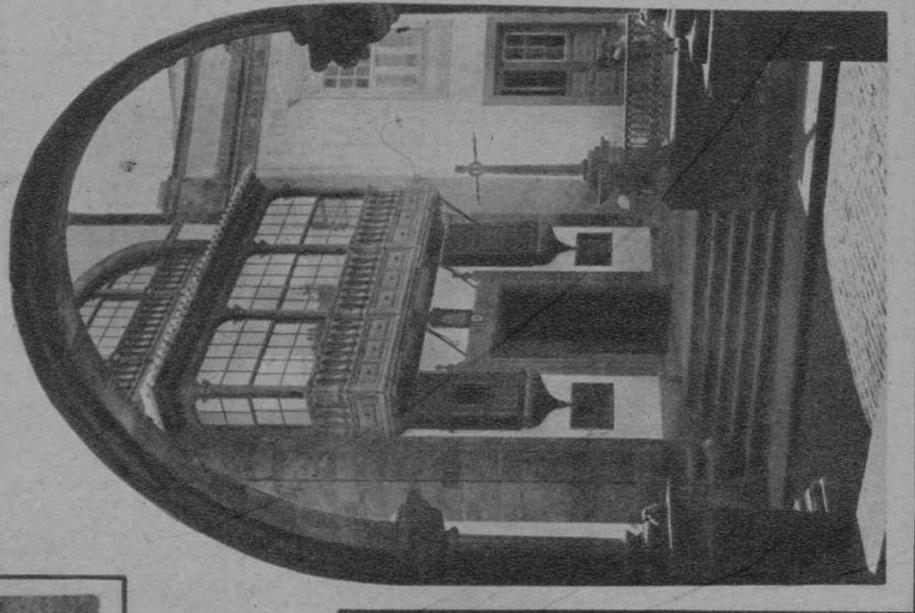
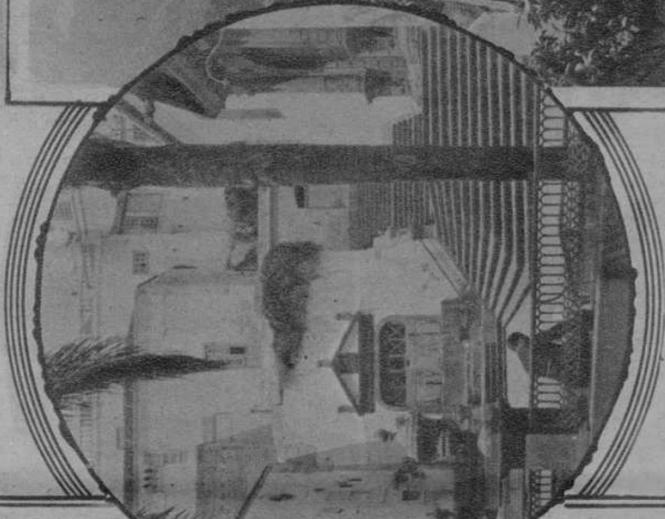
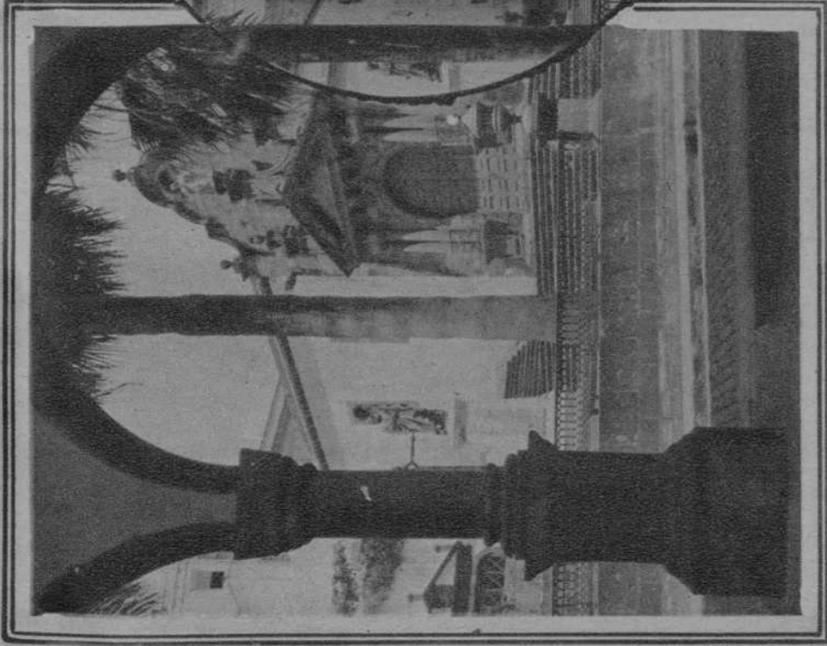
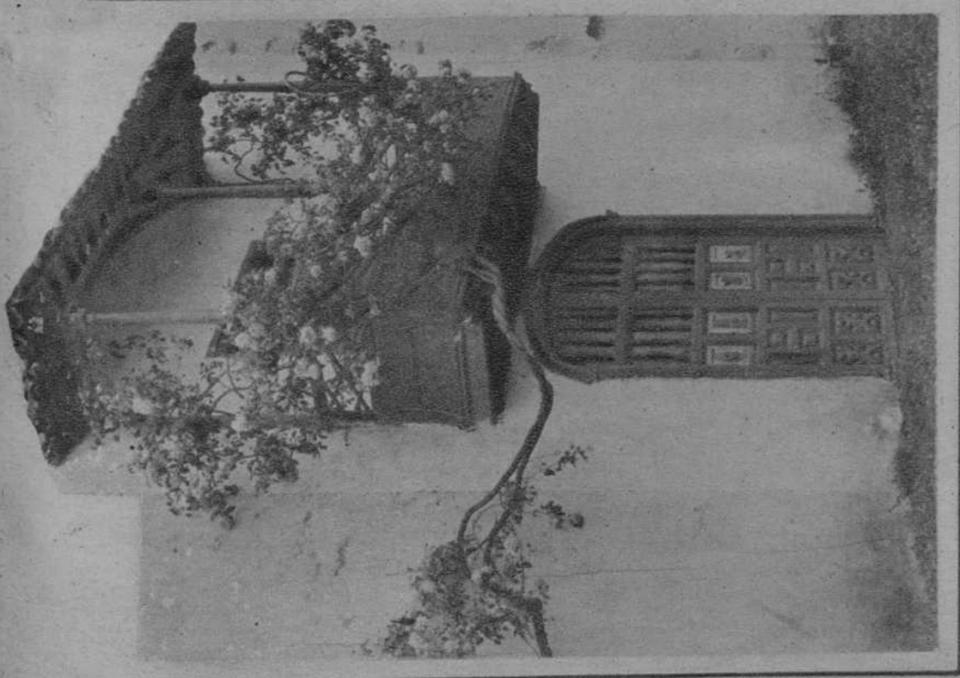
Nº 181

IPÁGINA
EXTRAORDINARIA
DE
El Día Crápulo

SEPTIEMBRE
29
1929

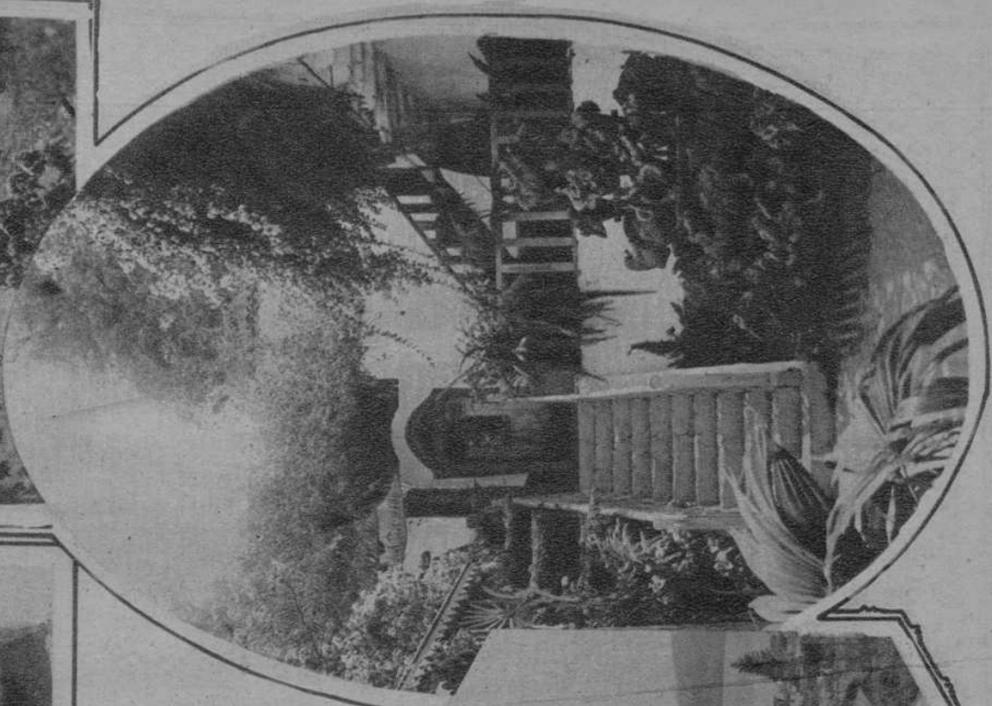


En los frondosos bosques pirenaicos, aislados del mundo, viviendo sus rústicas costumbres, los pastores navarros no sienten añoranza de la tierra baja. A ella descienden de vez en cuando—como haciendo una concesión a lo terreno—para ascender de nuevo a sus abruptos riscos, donde la vida se desliza con placidez no perturbada.—(Foto Roldán)



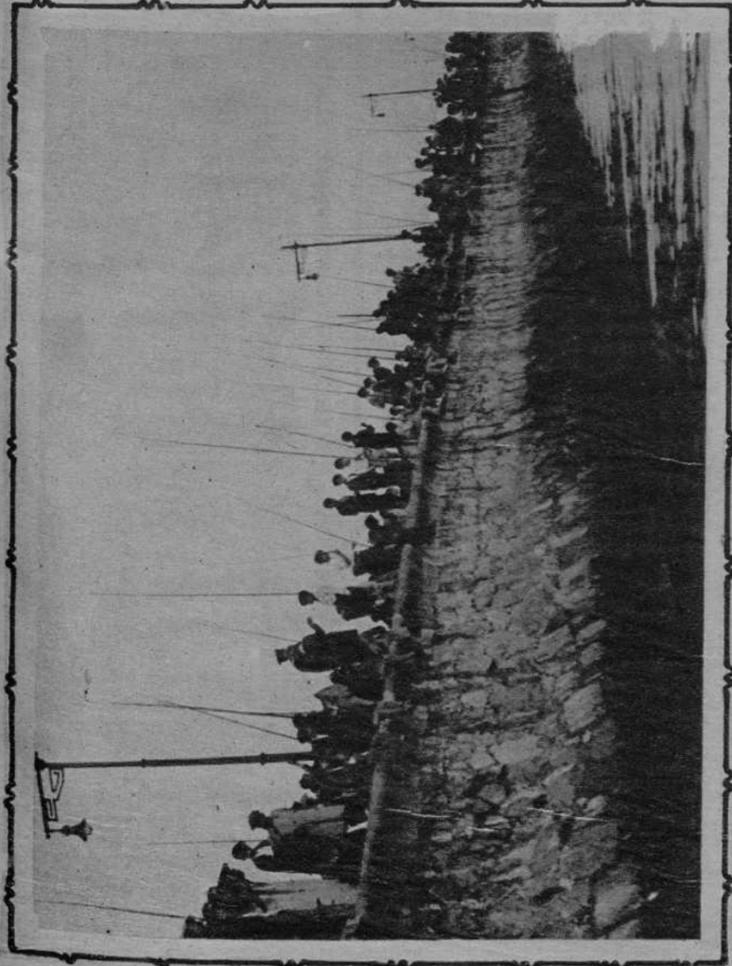
LAS BELLEZAS DE LAS PALMAS

Las Palmas... Ciudad jardín, toda aroma, toda flor, toda luz. Rincones pintorescos impregnados de poética quietud, de esa quietud que es reposo y sedante para el espíritu. Aire purísimo, que es panacea para el débil y tónico para el pulmón viciado por el vivir ciudadano. Flores, flores, muchas flores. Y mucha poesía en el suave ambiente. Por ello goza Las Palmas, la perla canaria, de universal renombre y atrae el gran turismo hacia su seno.—(Fots. Ortiz y Bendoro)

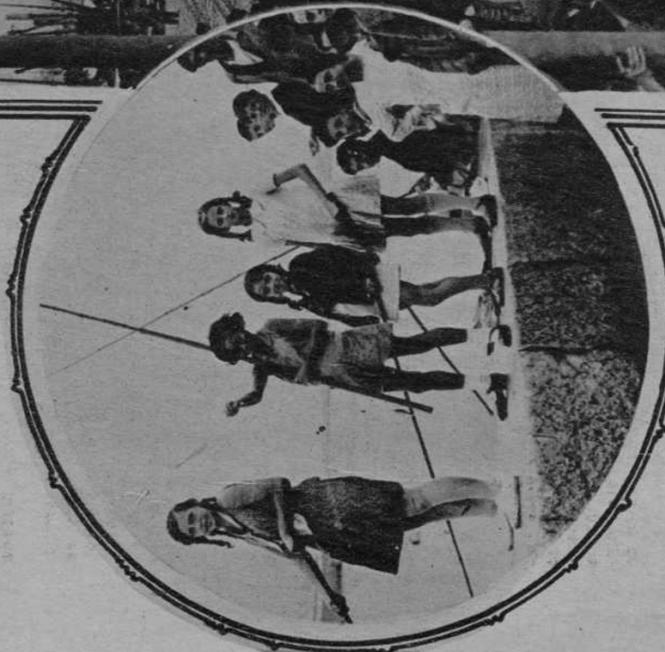


CONCURSO INFANTIL DE PESCA EN SANTANDER

Es tradicional, en Santander, la afición al pacífico deporte de la pesca. A los muelles acuden a diario grandes y chicos, en pos del reducido botín, que compensa sus quietas horas de paciente espera. Esta afición ha permitido organizar un Concurso de pesca exclusivo para muchachos, que ha obtenido un gran éxito popular. Santander vive de cara al mar y lo demuestra en todas las ocasiones. Bella demostración de ello es este Concurso, apasionante en su ingenuidad, en el que la infancia ha sido invitada a evidenciar su práctica en el arte de la caña y del anzuelo



Aspecto general del muelle



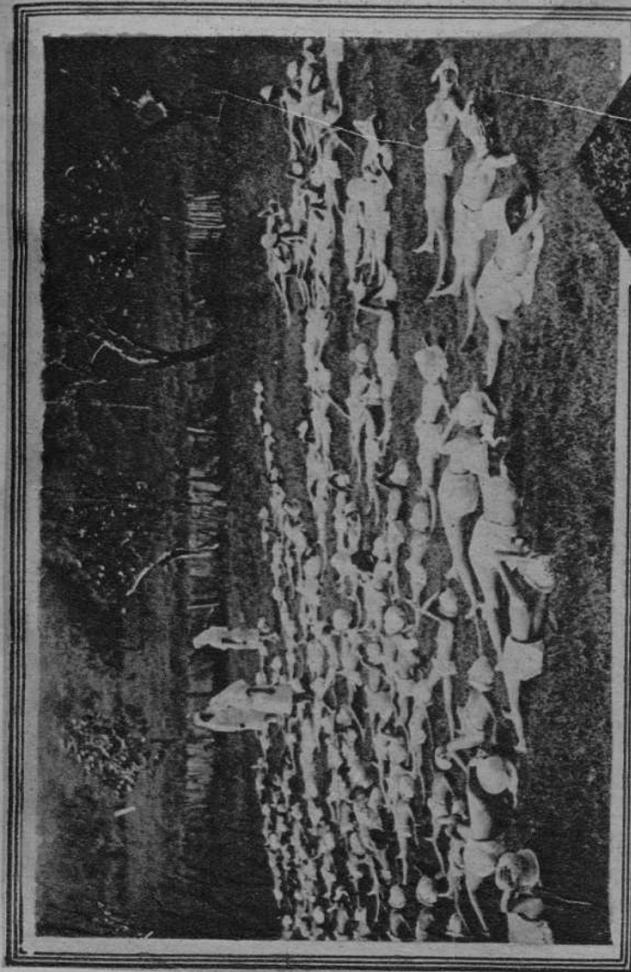
Varias niñas concursantes

(Fotos Samot)

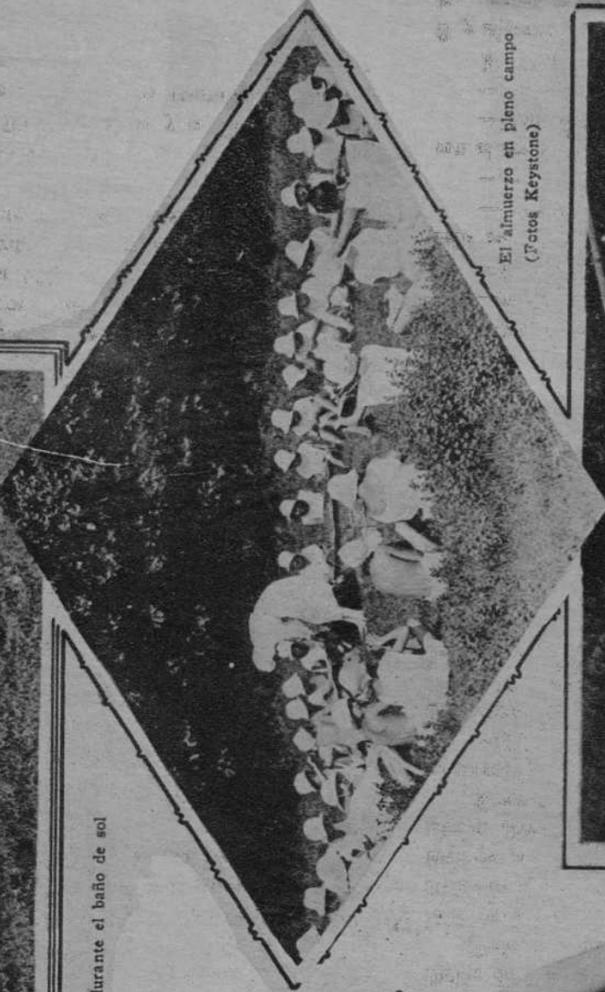
Un aspecto del malecón durante la prueba

EL «PREVENTORIUM» DE ARBONNE

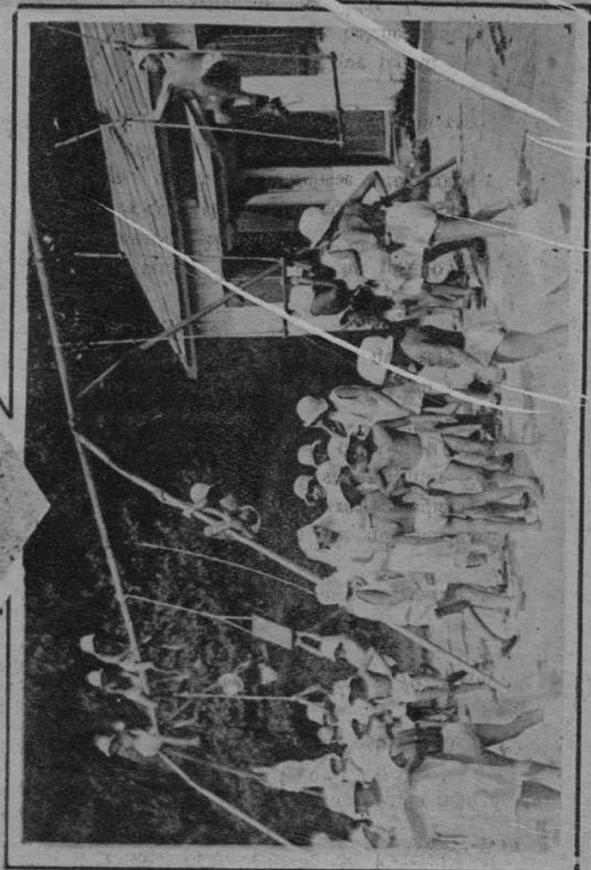
En Arbonne, cerca de Biarritz, por la generosidad de un millonario yanquee, Rothsenthal, se ha construido un «preventorium» o sanatorio para niños pre-tuberculosos. En él la vida al aire libre se practica, permanentemente y alegre, con sencillas vestimentas. Dos mil niños van ya curados...



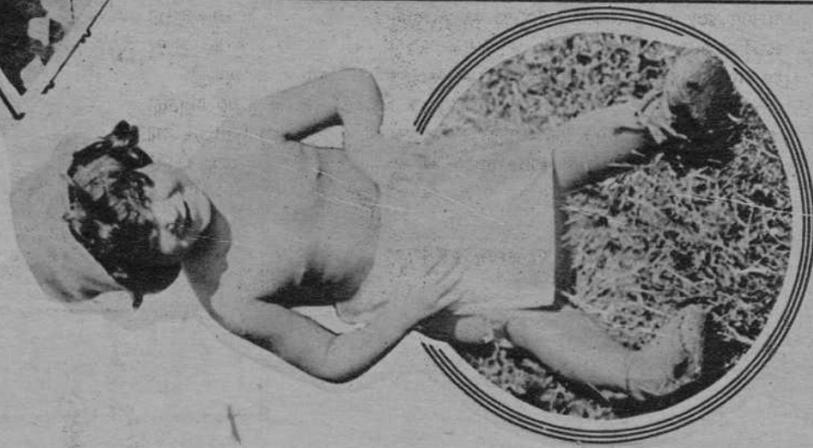
Los niños del «preventorium» durante el baño de sol



El almuerzo en pleno campo (Fotos Keystone)



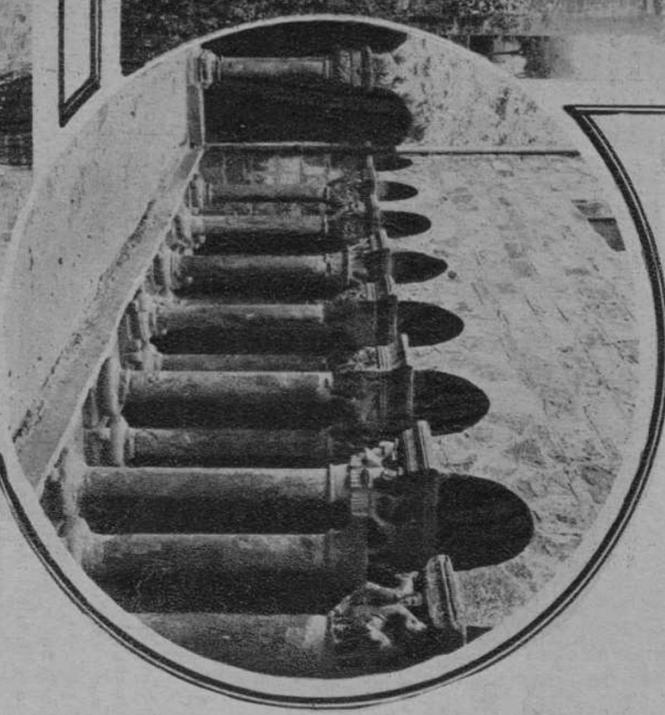
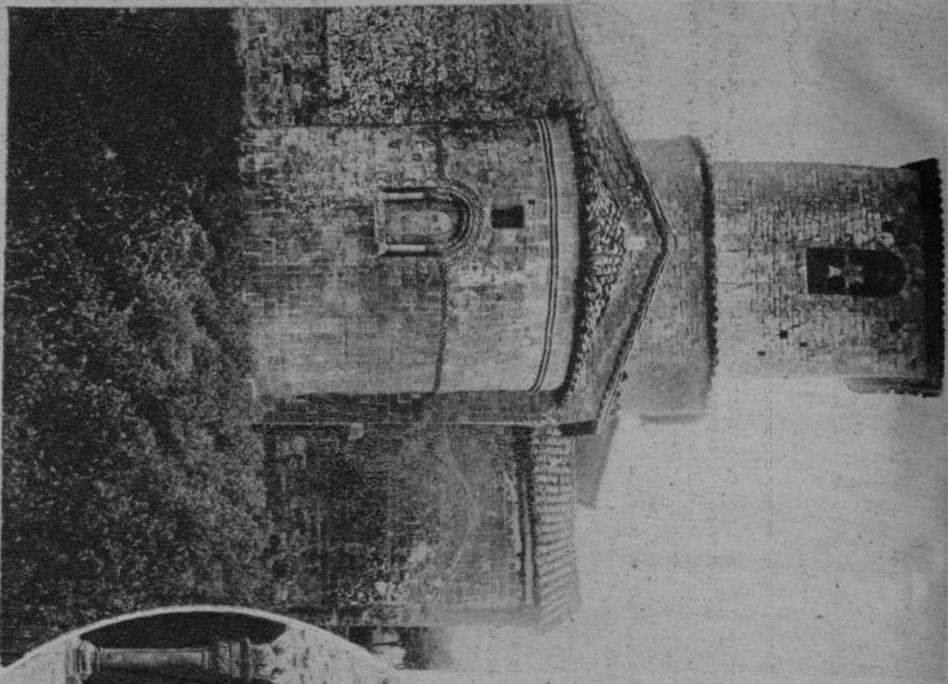
El momento de la gimnasia



Una muchacha, después de tres meses de cura

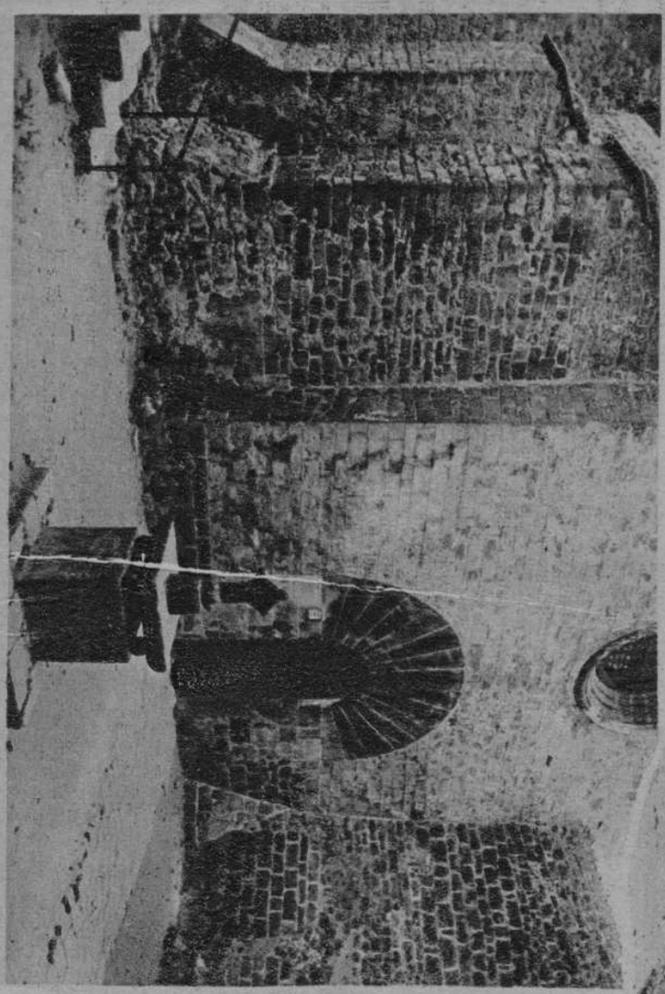
LAS VIEJAS IGLESIAS CATALANAS
LA IGLESIA DE SANTA MARIA DEL ESTANY

El monasterio de Santa María del Estany, en la diócesis de Vich, es de las iglesias más antiguas de Cataluña, habiendo sido consagrada a comienzos del siglo XII. De un puro románico, su claustro tiene una austera belleza que admiraron los amadores de nuestro patrimonio artístico



Un aspecto del claustro románico

El ábside. — (Fotos Francart)

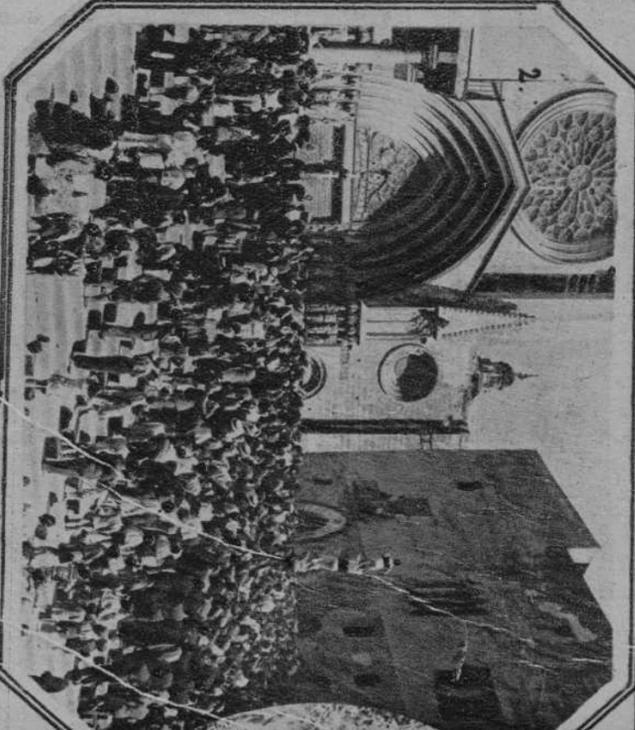


Puerta principal de la iglesia de Santa María del Estany

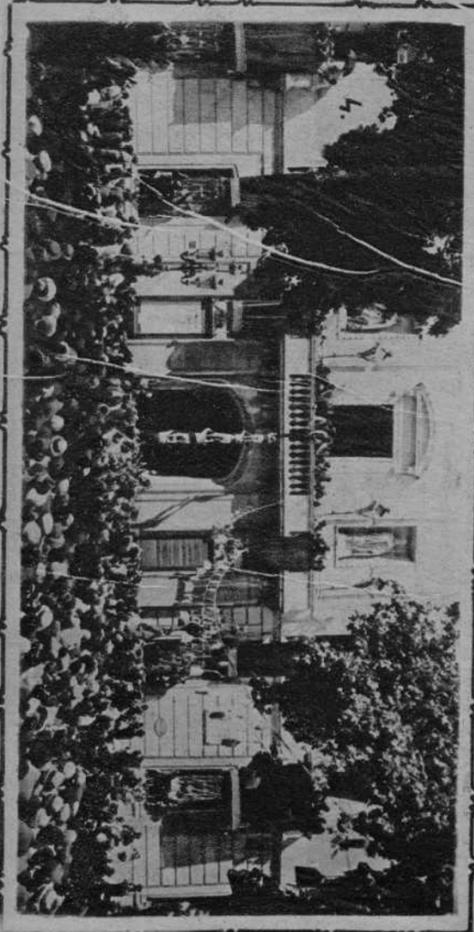


LAS FIESTAS DE SANTA TECLA EN TARRAGONA

Celebra Tarragona sus tradicionales fiestas de Santa Tecla, pródigas en espectáculos típicos. Vestigios de otros tiempos, representaciones de pasadas gestas, plasmación de leyendas de guerra y de amor, son las comparsas que recorren las calles de la vieja urbe y que fejen sus danzas, levantan sus torres o miman caballerescas historias



1. Los típicos "bals de bratom"
2. Los tradicionales "espardats" en las escaleras de la Catedral
3. Levantando un castillo de siete pisos
4. El "Juego al Ayuntamiento" (Fotos Vallvé)



ESCUCHA MUMER!

NOVELA por TOMAS PRIETO

ILUSTRACIONES DE PASSAREIL



la suada soseca, y son ellas las que le llenaron de amargura, pues la lucecita milagrosa parece alejarse tierras adentro, extinguiéndose allá donde empieza la ruta del mar, en ciudad tranquila y blanca del Mediterráneo.

Es inútil que Carlos Almogavar avance en el camino del amor que a su lado le lleva.

La lucecita prodigiosa, empujada por vientos adversos, arrancada acaso de la torre en que era llama, parece más lejana, como lámpara votiva que se extingue, como estrella que muere abandonando al caminante, del que era guía, en la llanura desolada.

Y es entonces cuando el viajero, acodado sobre la ventanilla del coche que marcha con velocidad vertiginosa, a solas con los recuerdos, y sobre la desolación de la noche, llora desconsolado, porque ha perdido la ruta.

II

En el asiento fronterero, alguien habla de París y de las parisinas, del dulce encanto de estas mujeres.

—No son complicadas ni amargan la vida con escenas dramáticas, como las españolas!—vierte el compañero de viaje fronterero.

—¡Oh, el amor de la mujer española!—manotea ahora el viajero entusiasmado de las parisinas.

Almogavar irrumpe violento. Está él lleno de los ardores de la bien amada; siente, le persigue como una divina condenación el maleficio de su maravilla; conoce bien de la pasión de sus ojos. Piensa en María del Rosario, siempre enigma, en esta «su» María del Rosario en que halla cada día, un nuevo matiz espiritual, y ofrece, al ofrecer, una nueva sorpresa; en esta María del Rosario que es para él madre de abnegaciones, esposa tierna, hermana consejera, amante ardorosa y fidelísima, y salta violento, proclamando la superioridad de la mujer española.

Después, Almogavar ha hundido la cabeza

I

Fués resonante la carretilla de los equipajes ya descargada, cerráronse las portezuelas de los coches con golpes secos y estruendos, atronó el silencio el silbato de la locomotora, horrióse, taladrante bajo los cristales de la marquesina, y entre el clamor de voces—¡Buen viaje!— ¡Buen viaje!—, y la última recomendación, al hilo del tren en marcha, a gritos, breve y silbante como una orden, el correo de Bilbao partió.

Ha ganado ya la curva de salida el tren, y suya, en la penumbra de la estación del Norte, bajo la zona de luz de una lámpara eléctrica, distingue el viajero, quizá mejor es imagen que retiene sus ojos, la mancha violeta de un sombrero de mujer y el brazo fino y nervioso que tremola su pañolito en fragante despedida.

Carlos Almogavar, que procuró hacerse fuerte en presencia de la hermanita amical, se echa a llorar como un niño siguiendo el vuelo inquieto de este pañolito blanco que le dice afectos cordiales y desea venturas al triste.

Así, de bruces contra la ventanilla, ha pasado mucho tiempo en mortal congoja, atenazado por la emoción del recuerdo.

Porque este camino que ahora recorre solo, es el mismo que ha cruzado otras veces con la mujer querida a cuyo encuentro va, bebiendo luz en sus ojos y miel en sus labios, trementales sus cuerpos y abierto su espíritu como una flor de estío, abrazados por el mismo sol en llamas.

Solo va, hoy, Carlos Almogavar. ¿Dónde la mano que acariciaba su pelo negro y rizado?... ¿Dónde el casco de bronce de aquellos cabellos queridos que buscaban la suave ternura de su pecho, abatiéndose en desmayo?...

Porque hacia esa lámpara bendita que es la luz de su alma, y es guía y esperanza de su vida, va el amante enamorado, pero, ídolo de dolores, no brilla esplendorosa como hasta ayer en el tapiz de la noche de su espíritu, que en estas horas de crueldad de la partida recibió nuevas de

za en la almohada y ha pasado las horas interminables de esta noche, presa de todos los temores y de las esperanzas todas, rechazando, en el agravio, a la divina muñeca rubia.

Bruscamente, en una curva del camino, que toma rápido y resonante el convoy, se ha sentido envuelto en la llama del sol. Al incorporarse ha divisado allá lejos, al pie de la montaña de curvas femeninas, el pueblo—ese pueblo chiquitín que se descubre al paso de los expresos como un juguete—; despierta triste y como desorientado, pues que no oye la voz amiga de la campanita de su iglesia en ruinas.

De nuevo, Almogavar, que ha vivido esta misma hora envuelto en el pelo de María del Rosario, la busca por todas partes y no la encuentra; mira a lo alto, y no ve cara aquella luz que era su fe y su guía, y piensa en las mieles de su boca de fruta que pudiera morder la traición, y siente deseos de matarla, violento, apasionado por aquel amor que ninguna como ella le supo hacer sentir.

III

Carlos Almogavar llegó a la hermosa ciudad mediterránea que besa el mar, en las primeras horas de la mañana, una mañana optimista y alegre, con esa alegría íntima y acogedora hecha de cielo azul, calles limpias y árboles con la pompa lujurante de sus hojas nuevas al sol.

Al pie de la puerta de salida de la estación, una nube de chófers y cocheros en disputa del viajero, extraño y familiar en la ciudad amiga.

—¡Coche, señorito!

—¡Señorito, coche para familias!

—¡Suba aquí, señorito!

Allá, al final de la parada, descubrió a su chófer, que avanzaba con empaque fanfarón y aire de truhan, que «¡es» servía siempre.

—¡Que tal, don Carlos?—saludó atento, mientras saltaba del coche.

entre las dos Rusias tuvo allí su máxima intensidad, y su máxima también.

Moscú, a los alumnos militares se sumó la burguesía, poniéndose a la resistencia contra los bolcheviques, la Duma Municipal. Minor, y Riabsef, el gobernador militar, a pesar de sus tendencias extremas, dirigieron el movimiento, al que se sumaron comerciantes, ingenieros, oficiales, obreros, mencheviques, perfectamente armados. El cuartel lo establecieron en la Duma, mientras que los bolcheviques se instalaron en el palacio del gobernador.

Los alumnos militares y guardias, ocuparon el Kremlin, creyendo, que podrían operar, confiados en que los bolcheviques respetarían el gran patrimonio nacional de Rusia. Pero los bolcheviques obraron con una decisión. Unos regimientos habían votado por la neutralidad, mientras que otros adherían a los soviets, entre ellos, uno de artillería. De Petrogrado, el Cuartel Militar Revolucionario, comenzó desde el primer día, desde el mismo día, a enviar trenes con refuerzos y municiones, trenes que condujeron voluntarios.

Las calles se llenaban de barricadas. El Club de la Nobleza, el Club de las Escuelas Militares y la de ingenieros, fueron sitiadas y tomadas por los guardias rojos. Los dos bandos disponían de artillería, que no cesaba de disparar, cayendo a centenares los combatientes. Los bolcheviques, dueños de las calles principales, tomadas las barricadas de los guardias blancos, se instalaron en los Bancos y en los grandes comercios. Las bombas caían sobre las iglesias. El Kremlin comenzó a ser bombardeado.

Cuando a Petrogrado llegaron las noticias de lo que estaba ocurriendo en Moscú, pasó por toda la ciudad una vibración de terror y de indignación. El ministro Lunatcharsky, comisario de Instrucción Pública (*), en el Consejo de Ministros, llorando, cerrando los puños y rabioso, gritó contra aquellas desgracias, presentando la dimisión, que al día siguiente publicaban los periódicos.

Acabo de saber por testigos oculares lo sucedido en Moscú. Están destruyendo la Catedral de San Basilio el Bienaventurado y la Catedral de la Asunción. Bombardean el Kremlin, donde se encuentran reunidos los cuadros artísticos más preciosos de Petrogrado y de Moscú. Hay miles de víctimas. La lucha alcanza el último grado del salvajismo. ¿Adónde llegarán las cosas? ¿Qué puede aún ocurrir?

Los cosacos, acompañados del marinero Dybenko, uno de los jefes bolcheviques. Los cosacos estaban ya cambiados. Dybenko les había ofrecido respetarles vidas y armas, enviándoles al Cáucaso, donde hallarían tierras, todo a condición de que entregasen a Kerensky.

Todo el mundo sería respetado, todas las vidas serían salvadas, a condición de la entrega de Kerensky. La atmósfera se fué espesando. Aquel par de millares de hombres estaba cercado, a merced de los bolcheviques. Los refuerzos no llegaban. La idea de la entrega de Kerensky fué tratada seriamente. Dybenko, el marinero, tenía prisa.

Kerensky llamó al general en jefe, Krasnov, en la mañana del 14 de noviembre (*).

—¡General! le dijo—, me ha traicionado usted! Sus cosacos hablan de detenerme y de entregarme a los marineros.

—Sí—respondió Krasnov—, se habla de eso y yo sé que usted no cuenta con simpatías en ninguna parte.

—Pero eso mismo me lo dicen los oficiales.

—Efectivamente, los oficiales se muestran particularmente descontentos de usted.

—¿Qué debo hacer? Ya no me queda más que suicidarme.

—Si es usted un hombre honrado, debe irse inmediatamente a Petrogrado con una bandera blanca y presentarse al Comité Militar Revolucionario a fin de parlamentar con él, en su calidad de jefe del Gobierno.

—Está bien. Así lo haré, general.

—Le daré una escolta y haré que le acompañe un marinero.

—No, no; nada de marineros. ¿Sabe usted que está aquí Dybenko?

—Yo no sé quién es Dybenko.

—Es mi enemigo.

—Eso no tiene importancia. Puesto que ha jugado usted al gran juego, debe saber afrontar sus responsabilidades.

—Indudablemente. Saldré esta misma noche.

—¿Por qué? Parecerá que huye. Máchese usted tranquilo y abiertamente con el fin de que todos vean que no es fuga.

—Está bien. Pero es preciso que me dé usted una escolta segura.

—Entendido.

Kerensky vió claro que allí, los únicos que tenían ganas de batirse eran él y algunos oficiales. Los cosacos estaban ya bolchevizados con la promesa de las tierras del Don y la salvación de sus vidas. Los generales, entre ellos

(*) Diálogo extraído de la declaración prestada por el general Krasnov.

(*) Lunatcharsky continúa siendo ministro de Instrucción Pública.

Carlos, emocionado por los acontecimientos próximos a desarrollarse, ni contestó.

—¿A casa, señorito?

—A casa.—Inquirió impaciente: ¿Y la señorita?

—¿Un guapa, señor?

—¿Debutó anoche?

—Anoche. ¡Como los ángeles! ¡Como siempre, vaya! ¡Es el amor! ¡Como que es mucha artista y mucha mujer.

—Bueno, bueno deprimida.

El coche salió disparado. Carlos, con esa alegría un poco triste de la pista de circo, y de la mujer de teatro acogida a su hogar, se dejó conducir entrecorrido por aquella entrecorrida que desahaba y tenía.

De pie ya, tendidos los brazos, María del Rosario espera su llegada.

—¡Nene mío!...

Había luz de amor en los ojos de María del Rosario, y lágrimas en los ojos zarcosos de Carlos Almogavar.

—¿Qué tienes? ¡Dí! No quiero eso, ¿sabes? —murmuraba, tímida.

No. ¡Si no era nada! La alegría de sentirse nuevamente en sus brazos.

—¡Chiquillo!

IV

A la puerta del music-hall el cartel flamaba al sol poniente de la gran ciudad mediterránea.

María del Rosario estremecía aquella noche un cuplé en el que la hermosa artista bajaba al patio de butacas y daba un beso a un espectador.

Carlos leyó el cartel de desafío y echó a andar, hosco y violento, calle abajo, hasta desembocar en el paseo que cierra el mar azul, donde se mira la gran ciudad, que alguien llamó la perla del Mediterráneo.

«Aquello» era inevitable. La noche anterior todavía insistiera cerca de la mujer amada.

—Beso—a había dicho—no puede ser. Tú no debes bajar al patio de butacas; yo no quiero que bajas. Por lo que más quieras, abandona esa vida que puede sernos fatal.

Arrogante, dominadora, había acogido la simpática amorosa con un gesto ambiguo. Y contestó breve:

—Es un éxito para mí y yo necesito de estos éxitos; cada día uno, para complacer al público y que sea siempre mi esclavo; que ninguna otra me sustituya en su administración y en su aplauso.

Carlos Almogavar se separó de ella horas antes, con la secreta esperanza de que la famosa artista desistiese al fin, sacrificando un poco de popularidad al amor que les uniera ayer y hasta ayer tan celosamente guardado de profanaciones.

Se había equivocado. María del Rosario contestaba la simpática amorosa con ese cartel rojo que llamaba la atención del público. ¡No le quería sin duda?

Le quería pero había algo más querido para ella. El imbecil halago de ese público que todas las noches llenaba el music-hall, deovandola con los ojos...

De todos modos, «aquello» era lo inevitable.

Su vida de renunciación a todo y de todo, que el uno del brazo del otro emprenderían meses antes, mirándose a los ojos, comunicándose la ilusión de sus almas, estaba rota. Carlos Almogavar no se sentía con ánimos de rectificarla, y menos de orientarla hacia otros amores.

Había perdido la esperanza de recuperar aquel amor lleno de ilusiones y sacrificios. Ninguna otra mujer podía ofrecerle el encanto de sus labios, después de haber de miel de estos de María del Rosario. Nin-

guna otra podría darle aquellas noches de placer torturante que acababan con la primera luz de la mañana, dejándolos rendidos, con la respiración fatigosa y los brazos tronchados, como ramas poderosas de un árbol al amanecer de una noche de huracán.

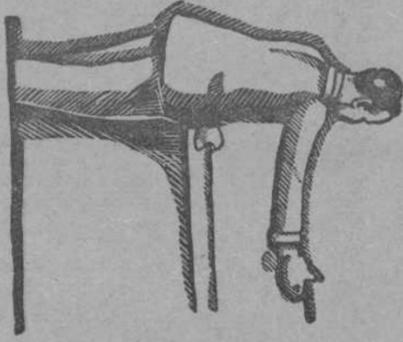
Menos aún podría ofrecerle ninguna, aquella gallarda percepción de perverna espiritualidad, producto exclusivo de su cerebro, de su temperamento y de su sensibilidad.

Las diferentes mujeres que conociera en su vida, dábante la proporción y la medida de lo que era María del Rosario, y de lo que eran las demás mujeres.

Así, la conclusión amarga era renunciar definitivamente al amor.

Lo de María del Rosario había sido la llama que alumbraba una sola vez la vida. ¿Bastaría el recuerdo para alimentarla en el porvenir?

Cuando un día, allá en la serena paz de



un pueblo olvidado, o en el trágico resonante de la ciudad cosmopolita, llegasen hasta él noticias con el fuego de su nombre, ¿podría resistirlo?

Y si la sabía ardorosa y soliciada, ¿no le esperaban unas noches incabibles, taladrado el cerebro por las mordeduras del fantasma de los celos?

Aunque así fuera, debía imponerse ante aquella profanación que hacía de su amor. Preocupado con sus ideas, contempló el horizonte en comba; la luz roja de la bocana del puerto se alzaba sobre el reguero de su propia sangre que en el fondo de las aguas tiembla. Y fue allí donde Carlos concebía la idea siniestra.

Aquella luz había siempre a sus almas con sobria pangedad; era la pupila misteriosa y trágica del mar abierta sobre el mar allá. Mirándola en la noche llena de lamentos extraños, se comprendía, se sentía en la médula —juntos lo percibieron extremados— el mazazo que le producía la atracción de la sangre caliente.

V

Con el alma deshecha, las ilusiones perdidas y el corazón dolorido, llegó aquella noche Carlos Almogavar muy temprano al music-hall.

En mitad de la sala se detuvo desorientado. No conocía aquello ni le eran familiares sus costumbres; le repugnaba el ambiente,

te, esa vahorada de alcohol, tabaco y agrio de sudor, mezclado con perfumes estrepitosos.

Además, hombre de clarísima percepción, sentía a su alrededor esa rabiosa hostilidad que acompaña siempre al novio de la señora cuando el amante no es un acompañante ni un señor que sólo conoce en estos amores la vanidad de exhibir a la querida destapando unas botellas de champagne.

Carlos Almogavar, que conocía todo esto, estuvo a punto de salir; pero una fuerza misteriosa le retuvo.

Pidió un palco cerca del escenario. De junto al mostrador cargado de botellas, avanzó una camarera menudita, de cara pálida y ojos brillantes, escandalosamente rubia, como una pincelada de purpura.

—¿Qué va usted a tomar, Carlos?

—¿Cualquier cosa... Coñac.

—¿Soberano?

—Bueno.

Regresó la muchacha con el servicio y se sentó frente a él.

Callado, sombrío, Carlos Almogavar ni reparó. Apuró de un sorbo la copa y llenó al vaso destinado a agua del dorado líquido de Soberano.

—¿Molesto?—inquirió la camarera.

Había una expresión de insignificancia tal en su gesto y en el tono de su voz, que Carlos se creyó obligado a contestar que no.

Después de todo no menta. ¿Qué le importaba a él que estuviera allí, en el asiento frente a su lado mismo? Él estaba solo, solo con su dolor, sus ideas y el estroso sentimental. Podía estar lleno el local, y entre la gente y sus risas, él seguía solo, aislado y comido de soledades.

La mujercita rubia le miraba con pena; acaso advertía el secreto de su alma, y acaso también le comprendía.

Había pasado mucho rato.

—No entre usted a ver a María del Rosario? Acaba de llegar.

Ante la negativa de él, insistió:

—No se ponga usted así; entre a verla. Hágase cargo de lo que es esta vida, o váyase ahora mismo y no vuelva más por aquí.

Ante el gesto de protesta del enamorado, añadió breve y conminadora:

—No diga nada. ¡Si le veo sufrir y sé cuál es la causal! Créame, Carlos; esta vida no es para usted, que es un poco egoísta en sus sentimientos. Y no es que nosotros seamos peor ni mejor que otras mujeres, es que somos distintas, es que, de vivir esta vida, se nos estropeó el espíritu y el estomago. ¡Váyale usted a esta gente con monsergas del espíritu!... Cuando entré aquí, las primeras brutalidades de los hombres, como los primeros vasos de vino, me dieron asco. Hoy, ya ni lo siento. Y se levantó, forzando una sonrisa, para atender a una pandilla de horteras que irrumpió alborozando en el palco de al lado.

Carlos Almogavar apuró de un trago medio vaso de vino.

En el tablado, chillón y pretencioso, sobre un fondo de jardín absurdo, se sucedían unas mujeres lamentables.

Ahora, una de busto poderoso y cuello ancho, mayaba, como gata en celo, un cuplé. Después apareció en escena una chiquilla física, en un baile arbitrario y soez.

Era algo que repugnaba. La camarerita rubia que le sirvió había dado con la expresión feliz. Aquello daba asco.

De nuevo se acercó a Carlos la chiquilla con un interés que todas las mujeres ponen en el alma y les sale por los ojos, cuando ven sufrir por cosas del querer.

Ahora recordaba Carlos Almogavar que más de una vez se había sentido separado por la mirada triste de aquella mujer. Y que

la

la

rineros, que comenzaban la persecución. El soldado que había advertido que un auto les esperaba, apareció y les indicó lo hallarían a la salida de la población. Al volver a salir, un centinela fué a detenerlos, pero un oficial amigo, colocado allí en vigilancia, lleno de vendas que tapaban las heridas recientes, se interpuso y simuló un desvanecimiento. El centinela lo recogió. Kerensky apretó el paso, atravesó el pueblo montado en un coche de punto que encontró y llegó, por último, a las afueras, donde encontraron el auto, con un oficial aviador por chófer. La huida se efectuó a una velocidad fantástica.

Entretanto, en Gatchina, los cosacos y los marineros, furiosos, organizaron la persecución. El chófer de Kerensky, súbitamente bolchevique, se presó a la caza de los fugitivos. El auto corría frenéticamente, pero, de pronto, sobreviene una panne. Kerensky ya no sería alcanzado. Cerca de Luga, detuvo el coche, entró en un bosque, buscando una casa de campo amiga, mientras el auto siguió el camino para despistar, dando su último adiós con un plañido de la sirena.

Al llegar a la casa de campo, vió Kerensky pasar unos trenes militares. Eran los refuerzos esperados. Demasiado tarde. El Gobierno provisional había sido vencido y su presidente, sólo con un soldado, ya no podía disponer ni de un escuadrón, ni de una compañía.

Lenine había triunfado.

La democracia terminaba, y comenzaba la tiranía.

La guerra exterior iba a convertirse en una guerra civil.

A la sangre, sucedería el hambre.

A un zar, sustituiría un partido. A la horca, el pelotón de fusilamiento.

Los bolcheviques sabían que la Asamblea Constituyente les sería hostil, que la paz separada con Austria, estaba en tramitación, que ello representaba la victoria del Gobierno provisional y el afianzamiento de la revolución. Pero no era Rusia, la Rusia socialista-revolucionaria quien hacía esto, y no un partido, el suyo. Los bolcheviques desataron la insurrección, en nombre del proletariado, aprovechando un hombre, Lenine, con una genial táctica insurgente, las fuerzas confusas de una Rusia, cansada de la guerra, por un lado, y por otro, con fiebre a un tiempo idealista y utilitaria.

Detrás de Lenine estaban los reaccionarios, que creían poder anular a los bolcheviques en dos semanas.

Pero llegaban tarde los refuerzos del frente, mientras Kerensky, disfrazado, se refugiaba en la casa de un mujic hospitalario, que no sabía nada de política.

La batalla de Gatchina, tuvo su complemento en Moscu. Capital actual de Rusia, sin los edificios burocráticos de Petrogrado, ciudad improvisada,

Krassnov, vacilaban, ansiando entrar en negociaciones por el confuso deseo de conseguir benevolencia, ya que veían la situación tan difícil, que sólo podía salvarla la milagrosa llegada de refuerzos. Savinkof, que tenía que defender a Gatchina, marchó al frente con el pretexto de acelerar el envío de tropas fieles. Los marineros de Cromstadt, al mando de Dybenko, mezclado a algunos cosacos, montaban ya la guardia, en las puertas del antiguo Palacio de Pablo I.

Kerensky pensó en el suicidio. Luego en la resistencia, imposible. Finalmente, en la fuga. El que había sido dictador de Rusia, el que consiguió alzar contra los alemanes un millón de hombres que fueron ciegamente a la ofensiva, el que hacía cuatro meses había vencido fácilmente la primera insurrección bolchevique y hacía dos la sublevación del general Kornilof, en un viejo palacio de Gatchina, a treinta kilómetros de Petrogrado, fluctuaba entre la muerte y la fuga, rodeado de media docena de jóvenes oficiales fieles. Sus mismas tropas iban a venderlo.

A las tres de la tarde del día 14 de noviembre, un soldado entró en el despacho de Kerensky. Llegaba agitado y pálido, anunciando con incoherencia que los cosacos habían decidido entregar inmediatamente a Kerensky y que, junto con los marineros de Dybenko, podían hacer irrupción en el despacho en cualquier momento. El general Krassnov no había puesto ni siquiera un cuerpo de guardia para defender a Kerensky, convencido de que el general también lo había traicionado. Más tarde, supo que el general Krassnov había dirigido al general Dukonin el siguiente telegrama: "Había ordenado arrestar al comandante en jefe, pero ha conseguido huir". Dukonin, declaró que había supuesto que el arresto de Kerensky no podía ser motivado más que por la decisión de concertar la paz con los bolcheviques, oponiéndose Krassnov.

Entraron un soldado y un marinero en el despacho de Kerensky:

—¡Pronto! ¡Póngase usted esto en seguida, o si no, está perdido!

—¿Quiénes son ustedes?

—Nadie, un soldado y un marinero fieles. Dentro de cinco minutos estarán aquí esos indignos.

Entregaron a Kerensky una capa de marinero, una gorra y unos anteojos de automovilista.

—Un auto le espera a usted en la puerta. ¡Deprisa!

Kerensky se puso aquellas prendas y salió acompañado del soldado y del marinero, atravesaron corredores, pasaron la guardia y salieron a la esplanada sin despertar sospechas. Pero en ésta, no había ningún auto.

—Debe haber habido una equivocación—dijo el marinero.

Volvieron hacia el palacio, pero ya algunos soldados los observaban; llegaron a la sala de guardia, oyeron a lo lejos voces. Eran los cosacos y los ma-



Pasatiempos

(SECCION A CARGO DE NOVEJARKYN)

Para pasar el rato
(Por «CELESTINO»)

Ciego Nota

Rato de charla
(Por «GIRAFILLAS»)

VOCAL
JUNIO

En la huerta
(Por ENRIQUE DE BUEN VALEX)

: K ro nota

Bebida
(Por ALEJANDRO MONFORTE)

EN EL MAR
consonante
EN LA BOCA

Prenda de vestir
(Por S. E. FOX)

NOTA
TO

Rombo
(Por MARINA PIPO)



Sustituir los puntos por letras, de forma que horizontal y verticalmente se lean: primero, consonante; segundo, mineral; tercero, nombre de mujer; cuarto, artículo, y quinto, consonante.

Tubérculo
(Por «BUSCAL»)

Z NOMBRE O VIGO
de MUJER

¿Cómo se llama tu novia?
(Por JOSE CALIX CARBONELL)

Preposición
Artículo
Opera

Comedia
(Por E. DE ELIZALDE)

U TOBOSO N

Instrumento
(Por R. M. T.)

Preposición
TR

Perfume
(Por «MARININ»)

VOCAL
CAPITAL
EUROPEA

El Día Gráfico

CUPON
que debe acompañar a todo envío de pasatiempo

Elega te
(Por JUAN J. GASULL AMIGO)

Not = TERCERA
Nota PERSONA

Lo que temen los toreros
(Por FRANCISCO GRAU)

Cor

Memoria
(Por RAMON AGUILAR)

nota CONSONANTE
nota

En las cartas
(Por PEPITA CERVELLO)

Consonante
Artículo
Artículo

(Las soluciones, en el número del próximo domingo.)

Soluciones a los pasatiempos insertados en el número del domingo anterior:

- Adorno arquitectónico: Gallón.
- Obra de teatro: «La Dolores».
- Aparte: Entre paréntesis.
- Plato del día: Arroz a la valenciana.
- ¿Qué carrera tiene tu hijo?: Abogado.
- Capital: Constantinopla.
- Poeta español: Calderón de la Barca.
- Ocasión: Gran rebaja de precios.
- Charadas: Primera, Plano; segunda, Orejas.
- Profesión «dolorosa»: Dentista.
- ¿Dónde vas?: Con maletín de Manila.
- Provincia española: Huesca.
- Profesión: Comadrona.
- Nombre de varón: Remigio.

alguien le advirtió que la chica estaba enamorada de él.

Ella, halagada, sonrió y trató de quitarle el vaso de coñac que se llevaba nuevamente a la boca. El vaso se escapó de entre las manos, cayó contra el mármol de la mesa, y el dorado líquido de la bebida esparramada, se mezclaron unas gotas de sangre de la mujercita rubia.

—No es nada—dijo, llevándose la herida a los labios como una gotosina, y sonrió resignada.

VI

La orquesta atacó la sinfonía de María del Rosario entre alaridos del jazz-band; aquella sinfonía, que tantas veces le sorprendiera en el cuarto de la artista, ya vestida para salir a escena.

Las cortinas se corrieron y apareció la gentilísima canzonetista, brava y hermosa, arrogante y deslumbradora.

Un aplauso unánime, entusiasta, la acogió, la envolvió con el suave calor de un abrigo de armiño en contacto con la piel de la hembra, como un homenaje.

Se presentó la artista con un número frívolo, uno de esos números de música banal y letra detestable que las estrellas aprovechan para lucir un traje raro y enojado, cuajado de cristales, a los que el reflector arranca luces fulgurantes.

Recitó después una historietita pícaro, con picardía ingeniosa de colegiata iniciada en dulces flirteos amorosos.

Siguió a ésta un dúo de gran fuerza dramática, en que una mujer burlada y hecho prisionero de su amante por el burlador, corre a matar a su amante, al bellaco que así la traicionó.

Y tras éste, uno cómico sin gracia ni gentileza, la eterna paleta de Madrid paaseando el apañajo redondo, regocijo de jayanes, y otra cancioncilla con motivos de danza moruno, pretexto para que la artista iniciase un movimiento canalla y sensual.

Aplaudía el público, pero brevemente, cortado el aplauso por algunos siseos de los más impacientes, porque nadie quería retardar más de lo preciso el momento que se le tenía prometido, aquél en que iban a tener a la famosa junto a ellos, aspirando su perfume, viendo de cerca la carne de pecado de la que era fama no pecaba, devorando aquellos labios que se ofrecían como un regalo... Al fin el telón se cerró unos minutos para preparar el efecto final, y de entre el terciopelo rojo de las cortinas surgió el cartelito esperado: «Bésame». Un alarido le saludó.

Carlos Almogavar sintió un latigazo en todo su cuerpo y tuvo un momento de absortimiento frente a aquel cartel. Hasta el último instante conió en una decisión de la mujer amada. Pero todo inútil, ya nada podía esperar de aquella mujer brutalmente perversa.

Al entrar, había puesto dos letras en síptica de suspensión de aquel número. Como el-reo en capilla, que no pierde la esperanza, que aun el poner el pie en el patibulo vuelve los ojos hacia la puerta de la cárcel esperando el milagro del indulto, así esperó él... ¡Y esa era la contestación! Su estúpida vanidad de artista, su orgullo de real hembra, morboso orgullo que acentúa la vida de toda mujer... y es más fuerte que ella, porque es el tetro, porque toda ella vibra desesperada ante el temor de dejar de ser deseada, pudo más, era verdad, que el grandioso sentimiento de aquel amor suyo de excelisitud.

La gente, cobarde y amedrentada como todas las muchedumbres, que es cuando ventea el peligro cuando denuncia más fuertemente su condición de rebato, corrió arrolladamente en busca de la salida, derrribando sillas y mesas entre el estrépito de los vasos rotos.

En la escalerilla que bajaba a la orquesta, con la cabeza colgando, como una muñeca rota, María del Rosario era el pelee trágico de la pobre farsa del concierto.

De su cuello, nidal de besos ardientes y apasionados, brotaba, con ese borboteo cálido de las aguas sobre la arena dorada de su nacimiento, unas burbujas de sangre que, al derramarse, formaban una gran rosa.

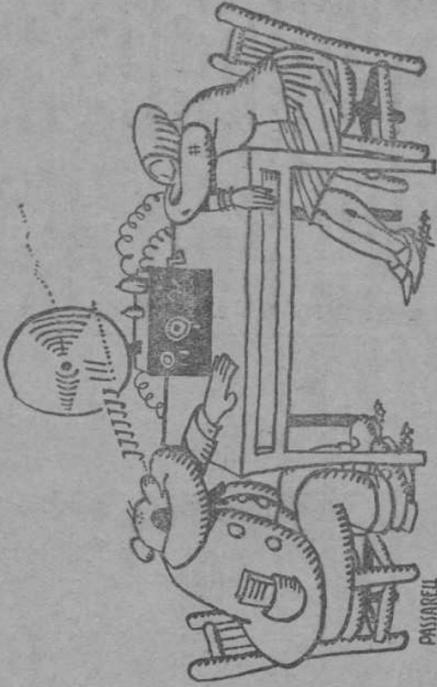
La uz del foco, lija, en la huída del electricista, esmalitaba la rosa, que era como una estrella caliente; la luz roja de la boca del puerto la pupila misteriosa del mar, abierta sobre el más allá en la noche espectral llena de fantasmás.

Carlos Almogavar salió del music-hall con paso vacilante. Por sus mejillas resbalaron dos lágrimas que quemaron su rostro. Alguien dijo:

—La ha cogido llorona el amigo!

(De nuestro Concurso de cuentos.)

RADIOMORFEO



El altavoz.—Acaban ustedes de oír la admirable «Seventata en sol», de Pitruskil...

FE DE ERRATAS

En la «Elegía» de la señorita Herminia de Rin de S., distinguida colaboradora de esta página, que publicamos, aparecieron unas erratas que cambiaban totalmente el sentido de la primera estrofa. Debía decir así:

«Mi copo de nieve, mi luz, mi alegría,
Mi numen dorado, mi emblema de amor,
La bella esperanza que mi pecho henchía
Tendida reposa, la muerte la juró».

Miguel ADELL GARCIA

RAPIDA

Tan bien quiso dotarte
Naturaleza
que hizo tu boca roja
como una fresa.
Fúrote en tus mejillas
dos lindas rosas
y en tus pestañas alas
de mariposas;
y en tu mirada
tanto fuego amoroso
que el hombre que es mirado
por esos ojos
¡ése es dichoso!

POETAS Y ESCRITORES NOVELES

RECOMPENSA BENDITA

Era un día de frío invierno. La lluvia caía persistentemente, tenaz, como si quisieran esas espesas gotitas atravesar nuestro cuerpo. En la gran avenida había poca gente, y la que había, iba aprisa por miedo a resaca; un chaparrón más fuerte. Al atravesar la avenida, vi muy arrinconadita junto a la puerta de un gran bazar que ya estaba cerrando a aquella hora, a una niña de ocho o nueve años cubierta de harapos y descalza, que tendiéndome su manita blanca, me decía:

—Señorita, una caridad por amor de Dios... tengo a mi madreíta muy enferma y no tenemos dinero para comprarle lo que me pide...
Y subíame me tendía la manita implorante, por sus bellos ojos azules brotaban unas lágrimas que me conmovieron toda. Le pregunté cuántos hermanos eran, y me dijo que tenía un hermano de seis años y una hermana que tenía tres. Le dije que me acompañara a su casa, y tapándola como pude con un chal que yo llevaba debajo del abrigo, me la llevé a la primera parada de taxis que encontré.

Me pregunté cómo, habría podido ser a no ser por la pena que cambiaba en su mirada. Qué bien se está aquí, señorita, y qué bonito parece que está en el cielo. Yo nunca había ido en un taxi como tú. Pero, ¿ya estamos en un taxi? Qué aprisa que vamos así!

En aquel momento el chauffeur me abrió la portezuela del coche y la pequeña, dando un brinco, saltó a tierra y desapareció en una especie para agradecerme el haber, me dijo: —Señorita, aquí vámonos nosotros, en el mismo taxi.

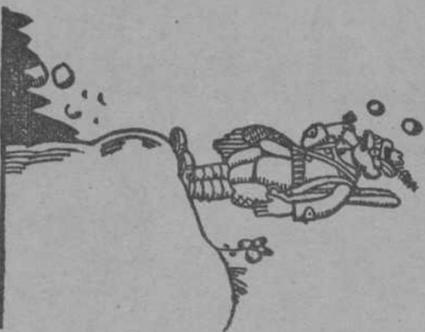
Una casa de mujeres y condecoradas niñas se ofreció a mi vista. Paséramos en la escuela, y después de estar subiendo durante más de diez minutos, llegamos donde estaban las botarullas de aquella casa pobre que quizá fue orgullo de Montmartre en algunos tiempos ya lejanos.

cogiendo entre sus manos temblorosas mi diestra, me dijo suplicante:

—Señorita, por favor; cuide de que mis hijos los instruyan y sigan el camino recto que conduce al cielo.

Y mientras la lluvia caía más espesa que antes, aquella mujer expiraba lentamente. Los pequeños, sin cesar de llorar, besaban sus mejillas.

CAJADOR CORNO DE VISTA



Si no pudiera convencer a los conejos por medio de buenas palabras...

tres niños que vivían en aquella misera burdilla, son ya tres jóvenes.

La niña mayor, se casó hace tres años con un rico industrial, mientras que el niño tercero brillantemente la carrera de abogado y la pequeña estudiaba con gran éxito para el Magisterio.

Son muy buenos y agradecidos, y los tres me repiten siempre:

—A usted le debemos toda nuestra dicha y nuestra gloria, señorita Nina (este es el nombre que me dan mis familiares), nunca le podremos agradecer lo que usted ha hecho por nosotros. Y me besan las manos, me las estreñan...

Sólo el recuerdo de su madre, oscurece algunas veces sus limpias frentes, mientras sus bocas temblorosas elevan un rezó al Señor.

Mercedes SELLES

El Pueblo Español

¿En dónde contemplar tanta belleza, ni evocar en las noches del recuerdo la más sublime y típica grandeza de todo nuestro pueblo?

¿En dónde saborear la musa hispana mejor que en el recinto amurallado donde cada rincón es un poema tejido por un hado en una noche grata, de arte llena; ¡oh, España, Española!

La de leyendas rebosando hermosa, la de grandezas albergando santa, la que late a impulsos de immortal alma y siempre al sacrificio y gozosa.

Allí en el rincón pueblerino te encierras como perla entre las valvas del molusco, que forman tus murallas al envolver y cubrirte de algo olvidado; y en medio de tus calles medievales, de castillos, de casas señoriales, en la pura y vetusta colegiata, en los altos torreones derruidos, en tus muros, almenas... todo canta con hábitos divinos el canto de la raza.

Emilio LOPEZ RICO

Barcelona (Pueblo Español), 6-8-29.

Páginas infantiles



EL LAGARTO

El lagarto, como los camaleones y las serpientes, pertenecen a la familia de los Saurios. Por lo general la cabeza de este género de reptiles es robusta, algo alargada, ojos pequeños con pupilas redondas o lineales y parpados muchas veces móviles. detalle que los distingue de los ofidios. El cuello es en unas formas más distinto que en otras, el tronco cilíndrico, deprimido o comprimido y las extremidades tienen dedos y uñas que raramente sirven para sostener el cuerpo a andar. La cola es flexible, frágil siempre, rompiéndose con suma facilidad, pero que una vez rota se reproduce.

Faltos la mayoría de estos reptiles de ver, pueden en cambio algunos de ellos emitir un ligero chillido, un silbido o un sonido algo parecido al roar de las ranas. Los serpidos en los Saurios se encuentran más desarrollados que en otra clase de reptiles, pero dominante sobre los demás el de la vista que parecen tener bastante buena.

Los saurios son los reptiles más inteligentes, su alimento más veces es animal, otras vegetal, la digestión es muy lenta, sobre todo en verano, en cuya época los lagartos comen lo suficiente para acumular reservas para el invierno. Son todos amantes del agua a cuya falta resisten poco, debiendo a menudo.

La vida de estos animales, en las regiones tropicales es más activa que en las demás regiones y en todo desde el alba al crepúsculo, cazan, se mueven, toman el sol, vuelven a cazar y se retiran a sus escondidos a la hora en que las especies nocturnas, a su vez empiezan a salir de los su-



LAGARTIJA

tos para cazar durante la noche hasta despuntar el nuevo día. Los lagartos no acostumbran a alejarse mucho de sus escondites y a los que se dirigen con vertiginosa rapidez en cuanto

temen algún peligro, por esto es fácil observar a horas determinadas, siempre a los mismos individuos en los mismos lugares, ya sean sitios solitarios, árboles para las formigas arbóricolas y paredes, monjones de piedra y charcos de agua.

Estos reptiles miran a sus víctimas antes de lanzarse sobre ellas, de un modo muy particular, siendo interesante observar a los lagartos como a veces miran un gusano, araña o mosca, con la cabeza inclinada y revolviéndose el hocico, y de repente con un rápido movimiento se apoderan de la víctima, reteniéndola con los dientes y engulléndola lentamente empezando por la cabeza.

Durante el tiempo frío, que lo pasan atargados, los lagartos no comen ni tratan de reproducirse hasta la llegada del buen tiempo. Los Saurios cuentan con numerosos enemigos, el hombre entre ellos, quien los destruye, unas veces por incultura, otras porque si y otras por creeros venenosos.

Los lagartos, que a excepción de las regiones frías, se encuentran en todas las partes del globo terrestre, se adaptan pronto al estado de esclavitud, alcanzando a poco tiempo de estar cautivos un cierto grado de domesticidad.

B. S. N.



JUAN FEDERICO HERBART

Este eminente filósofo nació en Oldemburgo el 4 de mayo de 1776. Hijo de un consejero de justicia, fue educado bajo la dirección de su madre, mujer culta que supo desarrollar acertadamente su inteligencia y espíritu.

Desde niño aficionóse a la música, dando pronto pruebas de un talento excepcional. En 1788, ingresó en el Gimnasio de Oldemburgo, donde estudió humanidades, escribiendo dos años más tarde su primer trabajo, que trataba de la libertad. En 1794, y después de vencer la resistencia de sus padres, se trasladó a Jena, donde asistió a cátedra de Fichte.

En Jena conoció a Pestalozzi, y visitó una de sus escuelas. En 1802 le encontramos en Britania y otra vez en Cotinga, estudiando ahora matemáticas y preparando sus tesis de habilitación para la enseñanza de la filosofía y de la Pedagogía. El éxito de su examen en la Universidad de Herbart, le valió una cátedra de Filosofía, pero Herbart, optó por una plaza de profesor extraordinario en Cotinga, la cual obtuvo con su monografía "De Platónici systematis fundamenta". Herbart ocupó durante veinticuatro años

B. S. N.



JUAN FEDERICO HERBART

la época más fecunda de su vida académica, si bien el imperio absoluto de la filosofía de Hegel detuvo momentáneamente la influencia que rápidamente más tarde había de ejercer.

Herbart volvió en 1833 a la cátedra de filosofía de Cotinga después de haber infortunadamente pretendido dos años antes suceder a Hegel en la Universidad de Berlín. Allí continuó su labor pedagógica, que empezaba a cundir ya por Alemania, logrando algunos discípulos.

Cuando el golpe de Estado del Rey Ernesto Augusto de Hannover, negóse a firmar el manifiesto de los siete profesores y a dimitir como aquellos. Erasmus sus cursos vieron casi desiertos. Después de la muerte de Herbart, ocurrida en Cotinga el día 14 de agosto de 1841, editáronse varias ediciones de sus más importantes obras, verdaderas a los idiomas extranjeros, especialmente en inglés.

La importancia de Herbart, es excepcional en el dominio de la Pedagogía. Es considerado como el primero que ha conseguido dar forma científica a la teoría de la educación, señalando al mismo tiempo el contenido y alcance de la misma. Su mayor acierto no obstante, ha sido el determinar las verdaderas bases de la pedagogía; la psicología y la moral; está, en efecto, más allá el fin de la educación, el ideal; aquélla el camino, los medios y las dificultades, lo factible. Las ideas que determinan el alcance moral de la educación, son las del inicio moral, antihumanista, resolución y autoconciencia, manifestándose siempre en esta marcha el carácter como dueño del deseo y servidor de ideas.